

LOS CIMIENTOS DE UN CASTILLO EN EL AIRE

EL CAUDILLISMO CONTRA LA TECNOCRACIA

JOSÉ ORTEGA

A las 13:20 del martes 28 de julio de 2026, en el hemiciclo del recién estrenado Congreso bicameral de Lima, la apenas investida presidenta Keiko Fujimori pronunció un discurso breve, respaldado por un documento de catorce páginas que fijaba siete objetivos nacionales medibles, un gabinete sin exigencia de militancia partidaria y un cronómetro de 5 años. Esto significó un cambio sustancial a los mensajes presidenciales de sus predecesores, que solían caracterizarse por su extensión, por la oratoria, las promesas y los objetivos inciertos. En su discurso, Fujimori diagnosticó un Estado debilitado por la improvisación, y se distinguió por una máxima: «no he venido a ofrecer milagros inmediatos ni promesas vacías. He venido a ofrecer método, disciplina, trabajo y una ruta clara».¹ Esto resulta muy similar a lo que sesenta años antes, el en ese entonces Ministro del Interior del gobierno de Marcos Pérez Jiménez, Laureano Vallenilla-Lanz Planchart, dejaría por escrito en su obra *Razones de proscrito*:

1. Marilyn Corrales Valqui, «Mensaje a la Nación de Keiko Fujimori: el discurso completo que dio como presidenta de la República del Perú», *Infobae*, 28 de julio de 2026.

El estadista moderno no es un orador que electriza a las multitudes, sino un técnico frío, sometido a las estadísticas y a los censos de necesidades. [...] Los charlatanes quedan para vender baratijas en las ferias. No formarán las asambleas del próximo futuro, forzosamente integradas por especialistas en materias relacionadas con la educación, las finanzas, la salud y el desarrollo social y económico.²

Históricamente, los discursos políticos de Hispanoamérica han oscilado entre esos dos polos: fervor mesiánico o frialdad *tecnocrática*. Frente al colapso estructural e institucional que padece la región, la tentación de importar este modelo de «Estado capaz» (siguiendo el ejemplo de países como El Salvador con Nayib Bukele) es inmensa. Esta idea no es nada nueva. Esta idea de la *tecnocracia* se suele rastrear a Henri de Saint-Simon y su *sansimonismo*, donde argumentaba que había que darle prioridad a las personas que sean capaces de producir «utilidad positiva» para la sociedad, por encima de los «habladores»:

Finally, this constitution gives preponderance to the doers, and subordinates the talkers. It places positive knowledge in the first rank, and makes metaphysical knowledge descend to the second, which amounts to the social organisation of positive good.³

Tal fue su influencia que el filósofo y sociólogo Augusto Comte, que fue su alumno y secretario, se inspiró en sus ideas para fundar la corriente filosófica del positivismo – que posteriormente llegaría a recalar en tierras venezolanas –: al concebir la civilización

2. Laureano Vallenilla-Lanz Planchart, *Razones de proscrito* (Choisy-le-Roi, 1965), p. 243.

3. Henri de Saint-Simon, *Selected Writings on Science, Industry and Social Organisation*, trad. y ed. Keith Taylor (Nueva York, 1975), p. 154.

como el fruto natural del devenir histórico, se impone la exigencia de una administración técnica de lo colectivo en detrimento de la vieja gestión política:

Eventually, all the peoples of the earth will attain the great goal of civilisation, and they will all adopt the same doctrine and organise themselves according to this doctrine, so as to unite all men in the work which is most suitable for increasing the moral and physical well-being of the entire race.⁴

Henri de Saint-Simon imaginaba una sociedad en la que ya no gobernarían reyes, cortesanos ni asambleas de partidos, sino los que él llamaba los *industriales*: para Saint-Simon, el «industrial» no es solo el dueño de una fábrica, sino científicos, ingenieros, banqueros y productores, es decir, todo aquel que participa activamente en la creación de valor real en la sociedad.⁵ Siguiendo esta idea, en su famosa *parábola de Saint-Simon* advertía que si Francia perdiera de golpe a esos hombres, se hundiría en el atraso durante una generación entera, mientras que la desaparición repentina de toda la corte y la alta nobleza apenas se notaría.

Nuevamente, Laureano Vallenilla-Lanz Planchart —el más ilustre seguidor de sus ideas en la historia nacional— es quien sintetiza con precisión la parábola de Saint-Simon: «Seremos una nación jerarquizada por el talento y los conocimientos. La ciencia y la técnica suplirán los elementos de nuestra redención. Pediremos soluciones a los especialistas, no a las directivas de los partidos, incapaces de suministrarlas».⁶ Adviértase la palabra *redención*, que no es una palabra técnica sino teológica. El entusiasmo tecnocrático, en su formulación más pura, no

4. Saint-Simon, *Selected Writings on Science, Industry and Social Organisation*, p. 154.

5. Saint-Simon, *Selected Writings on Science, Industry and Social Organisation*, p. 217.

6. Vallenilla-Lanz Planchart, *Razones de proscrito*, p. 241.

abandona el lenguaje de la *salvación*, sólo lo traslada de la política a la ciencia. En el fondo, no se deja de esperar un milagro, se cambia únicamente de quién se espera que lo obre.

No decía cosa muy distinta Walther Rathenau, el líder de los industrialistas en el Imperio Alemán y la Alemania de Weimar, cuando imaginaba un Estado dirigido por capacidades técnicas y la planificación industrial, y no por políticos, aficionados e intrigantes. No es aleatorio este ejemplo, pues fue uno de los grandes ejemplos del economista merideño Alberto Adriani, que lo veía como una inspiración y de quien heredó las mismas ideas de método, administración y disciplina:

De todos modos es el acto de mayor envergadura realizado por la República y encontró un eco de simpatía y de aprobación en la opinión unánime de su país. En la sesión terminal de la Conferencia desarrolló, en un célebre y aplaudido discurso, las ideas que según él debían ser las directivas de la pacificación y reconstrucción de Europa. Era el alma y el realizador de la esperada reconstrucción.⁷

Pero las mismas personas inspiradas en las ideas utópicas de la *tecnocracia*, en algunos de sus momentos más lúcidos, ya intuían su propio límite. El ya mencionado Marcos Pérez Jiménez, presidente de Venezuela entre 1952 y 1958 bajo la doctrina del *Nuevo Ideal Nacional* (quizá la mayor representación de esta idea de *tecnocracia* que existió en la región), advirtió sobre los riesgos que podrían ocasionar el mal uso del desarrollo técnico:

Al venezolano hay que formarlo para que sea un buen ciudadano, que sepa utilizar los recursos que le da la ciencia, etc. y que el resultado sea una colectividad con una mente extremadamente moral, en el sentido, de que comprenda que actuar en determinada forma favorece a

7. Alberto Adriani, *Labor venezolanista* (Caracas, 1946), p. 90.

todos, inclusive a él. [...] Una humanidad que entienda que hay que disciplinarse para que los beneficios logrados por la ciencia y la técnica no vayan a volverse en su contra. Y que el grado de civilización que hemos logrado sirva para un bienestar sano de la colectividad humana, y no para su destrucción.⁸

Esto es, en el fondo, lo que Ernesto Mayz Vallenilla formularía años después en su idea del *ethos*, al hablar del futuro técnico de la civilización americana. En su obra, el filósofo zuliano nos presenta a la técnica no como un instrumento que se añade a una cultura superficialmente, sino como la expresión de la identidad de un pueblo seguro de sí mismo. La *razón técnica* no se mueve por iniciativa propia, la suscita la «voluntad de dominio o poderío»⁹ del hombre. De esta voluntad surgen los planes mediante los cuales las personas diseñan y legislan sobre el universo. Entonces, el perfil tecnológico y tecnocrático no es un accidente de la modernidad, sino la manifestación más reciente de esa voluntad.

Posteriormente, Mayz Vallenilla advierte sobre la posibilidad concreta de que un gabinete técnico sea el instrumento con el que unos pocos ejercen dominio sobre los demás, es decir, la consecuencia de cuando esa voluntad se ejerce sobre otros hombres y no sólo sobre la naturaleza:

Lo que en realidad acontece es que el hombre se convierte en un objeto de dominio para el hombre. O expresado en otras palabras: que en lugar de un fin en sí –donde resplandezca, como tal, la dignidad humana inspirando el máximo respeto– el hombre queda objetivado como un simple medio que es utilizado y manipulado por otros,

8. Agustín Blanco Muñoz, *Habla el general Marcos Pérez Jiménez* (Caracas, 1983), p. 285.

9. Ernesto Mayz Vallenilla, *Esbozo de una crítica de la razón técnica* (Caracas, 1974), p. 17.

cual si fuera un instrumento, con el propósito de lograr potestad y control sobre su vida.¹⁰

Cuando la actividad de un hombre no brota de una iniciativa personal sino que le viene impuesta por un mecanismo ajeno y exterior, ese hombre «llega a ser una simple parte del sistema». Su trabajo deja de pertenecerle, y ahora queda engranado en una forma completamente mecánica y sin autonomía, hasta asumir «el papel y la función de un simple autómeta».¹¹ Llegado ese punto, el hombre puede ser sustituido por una máquina que reemplaza su trabajo; si su valor se mide enteramente por el indicador que satisface, no existe razón para que, tarde o temprano, no lo satisfaga directamente un sistema automatizado en su lugar.

Y es que, al final, la técnica no es neutra. Es un proyecto de mundo que pretende ser universal y que pretende valer para todos los hombres sin importar el contexto o la circunstancia, desvirtuando por el camino toda manifestación orgánica y convirtiendo a las personas en «seres desarraigados». Entonces, el riesgo aparece cuando la técnica se aplica sin medida: un horizonte de sentido artificial, frente al cual el ciudadano, y a veces hasta el propio funcionario, experimenta «un flotar sin compromiso, spectral e indiferente».¹²

Sin embargo, oponerse a la técnica, insiste Mayz Vallenilla, sería una insensatez. La historia no se puede ignorar ni detener. No es un llamado a renunciar a la técnica, sino a proteger lo que dicha técnica amenaza mientras se adopta, el *ethos*: el sedimento de creencias, el modo de trato con el mundo, la morada espiritual en la que un pueblo se sabe instalado desde su origen. Sin ese *ethos*, todas las personas resultarían indiferenciables. Un censo de necesidades puede registrar que falta agua potable, electricidad, alimento; lo que no puede registrar es por qué una comunidad

10. Mayz Vallenilla, *Esbozo de una crítica de la razón técnica*, p. 144.

11. Mayz Vallenilla, *Esbozo de una crítica de la razón técnica*, p. 80.

12. Mayz Vallenilla, *Esbozo de una crítica de la razón técnica*, p. 179.

andina, una amazónica y una central no habitan de la misma manera.

Ahora, si Mayz Vallenilla se cuestiona al respecto de las limitaciones que se deben tener con respecto a la *razón técnica*, Juan David García Bacca decide enfocar sus esfuerzos en preguntarse *qué es exactamente la técnica*. Si bien la obra del filósofo español es por muchos ignorada – por su a veces oscura prosa y por el espacio donde hizo su mayor actividad filosófica, Venezuela –, ésta aguarda quizá la primera enunciación al respecto de la *técnica* y su filosofía en español, que es un aspecto central de su extensa y excelsa obra.

En *De magia a técnica*, García Bacca hace la comparación entre un mago y un técnico. Para él, lo único que separa a un mago de un técnico es que este último «ha montado, inventado, el aparato con proyecto asegurado por leyes, no verbales, sino reales». Con esto, él concluye que quien obra así «no ha obrado por magia, por eficacia de unas palabras, sino como vulgar artífice o técnico».¹³ El ejemplo del *mago* no es arbitrario. Toma de referencia a *Las mil y una noches*: Alí Babá abre la cueva de los cuarenta ladrones usando la fórmula de *ábrete, Sésamo* o la famosa lámpara de Aladino que le concede a quien la frota una cantidad ilimitada de deseos.

Ni la orden de los deseos ni el conjuro presuponen, por su propia enunciación, que quien las pronuncia haya montado mecanismo alguno. Ninguna fórmula mágica viene con un libro de instrucciones para poner en marcha la *acción*, y menos aún asegura que quien las pronuncia hace real el método o procedimiento para que sea posible. En fin, ninguna palabra escapa por sí misma a la sospecha de magia, ni siquiera una que se anuncie, sólo el aparato realmente montado la redime. Cuando Fujimori dice no venir a ofrecer milagros sino método, articula sin saberlo esta misma distinción.

13. Juan David García Bacca, *De magia a técnica: Ensayo de teatro filosófico-literario-técnico* (Barcelona, 1989), p. 105.

La pregunta que sería necesario hacerle a cada uno de los siete objetivos del mensaje de Fujimori – y a todo aquel que use un lenguaje *tecnocrático* – no es si suenan técnicos, sino si existe ya el mecanismo, o si la meta misma es todavía una fórmula que se pronuncia confiando en su sola enunciación, usando el vocabulario de la *redención*: «Nada de teoría pura, contemplativa, abstracta cual ideal fútil, o visión eterna de la Verdad; sino teoría para saber qué es una cosa y, sabido el qué es, aprovecharla, transformándola o no, para que sirva al hombre». ¹⁴

En *Elogio de la técnica*, García Bacca escribe que un cambio de tal magnitud, el poder de cambiar la realidad a través de las acciones y no de las palabras, no admite otra palabra mejor que *transustanciación*. Él usa esta palabra en específico para describir el salto ontológico que la técnica opera sobre la realidad natural. Es decir, la técnica ya no es un simple conjunto de herramientas, es una fuerza que transforma la *sustancia* de lo dado para convertirlo en algo nuevo y artificial:

Si todo esto no se puede calificar como un haber cambiado el hombre, por su inventiva, de cuerpo y alma, con cambio supraespecífico y supragenérico no sabría a qué llamar «cambio sustancial», o a qué aplicar, con real y no sólo creído sentido, la palabra de «transustanciación». ¹⁵

Ahí una distinción útil para juzgar a cualquier gobierno que se presente como técnico: ese *cambio sustancial* es hacer algo por primera vez. Frente a la naturaleza, que es apertura a repeticiones, a lo mismo en innumerables veces; la técnica es la apertura misma de la realidad a novedades. Inercia del ser natural, frente a

14. Juan David García Bacca, *Ciencia, técnica, historia y filosofía en la atmósfera cultural de nuestro tiempo* (Caracas, 1981), p. 11.

15. Juan David García Bacca, *Elogio de la técnica* (Barcelona, 1987), pp. 66-67.

aceleración del ser técnico.¹⁶ El cronómetro de 1.826 días, entonces, es un intento explícito de dicha aceleración, de fijar contra la inercia de la naturaleza un plazo que obliga a que algo suceda por primera vez.

Siguiendo con esto, García Bacca describe al hombre actual como literalmente «explosivo»: una fuerza de ruptura que, al volverse consciente de sí misma, puede convertirse en fuerza planificada y no meramente destructiva. Entonces, de la misma manera que Mayz Vallenilla, advierte que técnica y hombre están «constantemente expuestos, como el mejor reactor, a estallar y saltar en trozos o pedazos».¹⁷ Ese reactor estallando no es sólo una imagen. No es necesario irse muy lejos para saber a dónde puede conducir la promesa de gobernar por obras y no por palabras: la presidencia del ya mencionado Marcos Pérez Jiménez, entre 1952 y 1958.

Lisa Blackmore reconstruye la doctrina de su gobierno, el Nuevo Ideal Nacional, en *Spectacular Modernity*. El Nuevo Ideal Nacional, unas pocas líneas repetidas en discursos, publicaciones y exposiciones, hacía depender la legitimidad del gobernante no del respaldo popular sino de hacer visible el progreso: autopistas, el teleférico del Ávila, hoteles de cinco estrellas, la Ciudad Universitaria. La verdadera demostración de conciencia nacional, sostenía la doctrina, consistía en materializar la Patria en obras ambiciosas: «Las obras hablaban por sí mismas; no había necesidad de discurso político. Como espectador, se invitaba al pueblo a aplaudirlas en silencio».¹⁸

Los discursos de Pérez Jiménez no eran breves como los de Fujimori, sino largos y saturados de estadísticas, kilómetros de carretera, escuelas construidas, empleos creados. En ambos casos, se busca convertir la cifra en el único lenguaje legítimo de

16. García Bacca, *De magia a técnica*, p. 138.

17. García Bacca, *Elogio de la técnica*, pp. 148-149.

18. Lisa Blackmore, *Spectacular Modernity: Dictatorship, Space, and Visuality in Venezuela, 1948-1958* (Pittsburgh, 2017), p. 16.

gobierno. Décadas después de su caída, documentaba Blackmore, la nostalgia por esa modernidad seguía teniendo una fuerza afectiva real sobre buena parte de la población venezolana.¹⁹ La técnica, cuando produce obras visibles, deja un residuo emocional que sobrevive a la valoración moral del régimen que la produjo.

La renta petrolera permitió al Estado desplegar, real y verificablemente, aparatos técnicos, carreteras, plantas, edificios, montados con proyecto asegurado por leyes reales, en el vocabulario exacto de García Bacca. Y, sin embargo, esa «lógica mágica» impregnó los distintos mandatos políticos del siglo XX con una dimensión performativa: fabricando deslumbrantes proyectos de desarrollo que engendraron fantasías colectivas de progreso. La técnica no sustituyó la magia, sino que le dio un decorado más convincente. Un régimen puede tener el mecanismo para dejar de ser magia y seguir gobernando, para la ciudadanía, como un mago, mediante el asombro y el aplauso, no mediante la comprensión y la deliberación.

Esto lo describió también García Bacca. Quien usa un artefacto técnico sin conocer su genealogía humana, real e histórica, tiende a sentirlo como caído del cielo, un don, algo que no le pertenece. A esa condición la llama «de la naturaleza», y la opone a la del productor de sí mismo, que sabe que la técnica que usa es, en última instancia, suya.²⁰ Un pueblo puede recibir un aparato técnico impecable y seguir siendo, en este sentido, un pueblo del «siglo XIX», si esa técnica le llega como un don importado y no como algo que comprende y cuya autoría reclama como suya.

Al final, carece de todo sentido considerar el mundo de la técnica como neutral, porque la despolitización es, ella misma, la maniobra política por excelencia. Todo discurso, incluido el que se declara apolítico, construye una identidad, la del que *sabe*, en oposición a un otro, el *pordiosero*; lo político es inextirpable de

19. Blackmore, *Spectacular Modernity*, pp. 9-10.

20. García Bacca, *Elogio de la técnica*, p. 111.

cualquier discurso precisamente porque siempre genera esa diferencia. Fujimori cuando convoca a gobernadores y alcaldes a trabajar «sin distinciones ideológicas, porque el hambre, la enfermedad y la delincuencia no tienen color político»,²¹ describe esta maniobra. Se declara apolítico precisamente aquello sobre lo que pueden existir las divergencias ideológicas más profundas.

Ninguno de estos autores pide renunciar a la técnica, pues sería una petición vana. Piden que el aparato técnico, por real y verificable que sea, no sustituya la pregunta política, cultural y antropológica sobre a quién sirve, quién participa en su diseño, y si el pueblo que lo recibe es espectador convocado a aplaudir o autor de su propia reconstrucción.

Alberto Adriani, el ya mencionado economista, tenía también su propia opinión al respecto de esto. Escribiendo desde Washington en 1928:

Comencemos por torcerle el cuello a la retórica. Emprendamos la ofensiva contra todas las fraseologías pomposas que escandalizan y asustan y que como los canes latidores, no muerden. Enseñemos el lenguaje eficaz: el de las frases cortas, incisivas y ásperas; el de las palabras que son hechos, como cualesquiera otros.²²

El lenguaje que reclama, de *palabras que son hechos*, es el mismo que un siglo después Fujimori usaría para su discurso. No obstante, Adriani mismo enuncia también al respecto del *Estado técnico* una idea que se une con lo ya mencionado al respecto de la *tecno-antropología*. Escribe que lo peor de Venezuela no son los políticos, por detestables que sean, sino que agricultores, comerciantes, literatos y «gentes de sociedad» son tan pervertidos, tan poco patriotas y tan poco ejemplares como ellos. No basta con sustituir políticos corruptos por técnicos capaces,

21. Corrales Valqui, «Mensaje a la Nación de Keiko Fujimori».

22. Adriani, *Labor venezolanista*, p. 423.

porque los técnicos saldrían de la misma sociedad de políticos corruptos. Adriani llama a una reforma que él mismo llama, en latín, *ab imis* —desde lo más profundo o la raíz—: no sólo institucional, sino de ese nosotros que debe hacerse antes de poder hacer una República.²³

Adriani insiste en que el porvenir pertenece a «los pueblos que sabrán reflexionar y sabrán querer»,²⁴ de los que decidan dejar de ser *pordioseros* y empiecen a ser productores de su propia técnica. Pero para eso, hay que acabar con ese «empirismo, improvisación y soluciones de continuidad en su acción colectiva»²⁵ que advertía Adriani. Acabar con la pura inercia, con lo mismo en innumerables veces; la planificación científica que reclamaba pretende ser la aceleración, la apertura genuina a la novedad. En esa reforma *desde las raíces* el capital humano encuentra un eco con todo lo ya dicho por la importancia que tiene, para llegar al estado de técnica que aspiraba Adriani primero hay que lograr un *cambio de sustancia*.

El técnico frío tiene razón en algo que no se puede negar, y es que la falta de planeación y el rentismo son males reales. La técnica puede convertir al *pordiosero* en *productor*, al *explosivo* en *motor*, y ninguna reconstrucción seria de Venezuela puede renunciar a esa ambición. Pero el mismo reactor que produce novedad también puede estallar. El Nuevo Ideal Nacional demostró que un Estado puede montar el aparato técnico real, y seguir gobernando, en su efecto sobre la ciudadanía, como un ser mágico. La ciencia y la técnica pueden volverse contra quien las crea si la civilización que las sostiene no encuentra, además de especialistas, un *ethos*, una reforma *ab imis*, que ningún departamento de planificación produce por decreto.

Si de algo ha servido el discurso de asunción de Keiko Fujimori, en contraposición con la realidad de Venezuela, es para

23. Adriani, *Labor venezolanista*, p. 425.

24. Adriani, *Labor venezolanista*, p. 163.

25. Adriani, *Labor venezolanista*, p. 135.

ponerla en perspectiva con lo histórico y con los autores endógenos que justamente han hecho del tema de la técnica el trabajo de sus vidas. La técnica que no necesariamente dialoga con la idiosincrasia, por perfecta que sea su métrica o su ingeniería; gobierna un país que no es el que necesariamente existe sino el que el censo, o la obra faraónica – o mitológica –, cree que existe.

Por eso, para la Venezuela del mañana, la hoja de ruta necesita, desde el primer momento, sociólogos y antropólogos junto a los ingenieros de la planificación, no para frenar la técnica, sino para que cada persona pueda, algún día, dejar de sentirse *pordiosero* o espectador de un plan ajeno, y que empiece a sentirse el constructor de su propio país: autor, y no público aplaudiendo en la oscuridad, de su propia reconstrucción.